

EL PSICOANALISIS COMO METODO Y COMO TECNICA (1)

Dr. IGOR A. CARUSO

I

Las notas que he preparado para hoy van especialmente dedicadas a los estudiantes de psicología, porque supongo que la mayoría de mis oyentes lo son. Sirva esto de excusa ante los especialistas en psicoanálisis que se encuentren en esta sala, ya que no deseo entrar en una discusión de una teoría muy complicada, sino simplemente departir con ellos sobre algunos puntos de vista fundamentales, sobre algunas cuestiones básicas.

¿Qué pasa en el psicoanálisis? Me refiero al psicoanálisis práctico, a la psicoterapia psicoanalítica. ¿Qué pasa allí? Muchos de los que no conocen esta práctica por no haberla experimentado en sí mismos, tienen la idea de algo mágico, algo misterioso, algo que a pesar de todas las explicaciones que se puedan leer en los libros, recuerda más bien el magnetismo, la sugestión, la hipnosis. Dicho sea de paso, esta última categoría no es nada misteriosa.

La atracción que el psicoanálisis ejerce se debe en parte a un pensamiento mágico. En el atractivo que los jóvenes sienten por el psicoanálisis hay una especie de proyección, por lo demás inevitable. Aún más, pienso (y espero que los psicoanalistas que se encuentran en

la sala no me contradigan), que no se llega a ser psicoanalista por simple azar, como tampoco se hace un ingeniero, o arquitecto, o químico por razones puramente exteriores. Es evidente que uno se hace psicólogo (no hablemos ahora del psicoanalista, sino del psicólogo en general) no por casualidad, por encontrarse con la psicología en los programas universitarios. El estudio de una ciencia humana, muy particularmente del psicoanálisis, se busca conscientemente —y con más frecuencia inconscientemente— en virtud de motivos racionales que recubren razones inconscientes; en realidad se busca una respuesta a las propias dificultades, al propio problema existencial. Exagerando un poco, pienso que uno se hace psicoanalista —no olvidemos que el psicoanálisis es la psicología de las motivaciones, con frecuencia sorprendentes, y aún ilógicas— que uno se hace psicoanalista, repito y espero de nuevo que los psicoanalistas no me contradigan, sencillamente porque es neurótico. Creo que es una buena base, a condición de abandonarla luego en cuánto sea posible.

Ustedes saben que los periodistas, sobre todo en América del Norte, gustan de hacer encuestas y preguntar: ¿por qué se ha hecho psicoanalista? Es una pregunta embarazosa, porque no se puede ser muy íntimo con periodistas que escriben para un millón de lectores. La respuesta adecuada sería: porque he sido o era un neurótico. Yo creo, en efecto, que todo psicoanalista busca la

1 Ciclo de tres conferencias dictadas por el profesor Dr. Igor A. CARUSO por invitación especial de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional en el mes de agosto del presente año. Estas notas han sido revisadas por el autor. (N. del T.).

respuesta a sus propias dificultades. Esto tiene evidentemente su lado negativo. He observado muchos institutos de psicología, muchos grupos psicoanalíticos en el mundo y he visto con frecuencia, que muchos de los candidatos se lanzan a hacer estudios psicológicos o de psicoanálisis porque son neuróticos graves y no saben qué hacer de su vida. Buscan por este medio eminentemente racional una respuesta "a la medida" para sus conflictos, lo que evidentemente no consiguen. Creo que la formación, aún del psicólogo universitario, pero sobre todo del psicólogo clínico, del psiquiatra y del psicoanalista, está llena de dificultades interiores. Hay que encontrar por sí mismo el punto de vista más o menos adecuado y es contra esta tarea de autoafirmación contra la que se levanta el pensamiento mágico que arraiga tanto en el psicoanalista como en el paciente. Cada analizado piensa que será el psicoanalista quien modifique lo que en él no funciona, que será el psicoanalista, aparentemente tan inactivo, quien trabajará mágicamente en su lugar. Pero este deseo es como decir: "lávame pero no me mojes", en otras palabras, una contradicción. Y, sin embargo, el paciente medio cree que es el psicoanalista quien trabajará por él. Y esto no es cierto. No digo que el psicoanalista no trabaje: por el contrario, es una de las profesiones más fatigantes que existen, uno de los trabajos más difíciles y agotadores. Pero el psicoanalista no trabaja visiblemente, porque es el paciente mismo quien debe tomar conciencia de su evolución; nadie le hará tomar conciencia porque le diga esto es lo que has hecho y esto es lo que has dejado de hacer, hé aquí lo que deberás hacer en adelante, etc. No, se trata más bien de un monólogo frente a un testigo, monólogo que se convierte en diálogo precisamente porque se hace frente a un testigo. Aquí está la dificultad ininteligible para quien no ha pasado por la experiencia del psicoanálisis. Se piensa que es solamente un monólogo, una introspección, que el paciente debe reflexionar mucho sobre sí mismo, como

lo hacen todos cuantos tienen dificultades íntimas. En realidad este esfuerzo comienza ya en la pubertad: el diario íntimo de la joven es la prueba; con él intenta objetivar sus dificultades (qué desgraciada soy, él no me ha mirado!, ec.). No se trata de moralizar. Este diario íntimo que lleva la mayor parte de las muchachas y algunos chicos también, es una terapia a veces excelente y representa un ensayo de objetivación de su vida interior, pero no puede llegar a constituir una verdadera objetivación, porque hablan sólo consigo mismos. En el psicoanálisis, en cambio, aunque el psicoanalista no hable mucho, de hecho se habla ante alguien y poco a poco se va uno dando cuenta de que se está llevando a cabo una acción social en el verdadero sentido de la palabra. El psicoanálisis, hay que decirlo resueltamente, no es introspección ni magia, sino acción social simbolizada por un grupo de dos participantes y por cierto una acción social muy complicada, difícil y lenta.

Acción psicoterapéutica del psicoanálisis.

¿En qué se basa la eficacia del psicoanálisis, en qué consiste su acción terapéutica? Justamente en el hecho de que, a través de esta acción social dentro de este grupo de dos personas, el paciente va dándose cuenta paulatinamente de lo inadecuado de sus reacciones en un cuadro rígido que permanece siempre igual a sí mismo. Exteriormente el psicoanálisis no es muy dramático. Cuando experimentamos algún tipo de dificultad en nuestras relaciones amorosas, profesionales, financieras, estas dificultades se reflejan en el trato con nuestra mujer, nuestros colegas, nuestro jefe de oficina, que a su vez reaccionan de una manera vital y quizá con no menos dificultades íntimas frente a nuestra conducta. En esta red de acciones y reacciones, es prácticamente imposible darse cuenta de las respuestas que son adecuadas y de las que no lo son. Esta manera de vivir los conflictos frente a los otros no es en

modo alguno una terapia. Para que exista acción terapéutica, toma de conciencia de mis alienaciones psíquicas y sociales debo vivir y tomar conciencia de ese fenómeno que se llama la *transferencia*, es decir, la repetición de mis reacciones caracterológicas neuróticas en un cuadro fijo, delante de un testigo; es necesario que el testigo sea viviente, que no sea un libro, un diario; es necesario que yo esté en relación social con alguien y que esta relación se manifieste en forma indefinidamente invariable. De ahí que el psicoanalista esté sujeto a una regla aún más estricta que la del psicoanalizado. La regla de este es muy simple: decir todo lo que le pasa por la cabeza sin buscar nada, sin controlar ni cambiar nada. Ciertamente es una regla difícil de vivir, pero muy fácil de entender. El psicoanalista, en cambio, aparentemente condenado a estar ahí y a fastidiarse y tomar ocasionalmente algunas notas, está sujeto a una regla mucho más difícil de cumplir y de entender, porque debe permanecer siempre igual a sí mismo y observar una conducta que puede parecer un rito; pero esta regla puede ser para él un mecanismo de defensa que cubra muy bien sus propias tendencias obsesivas o su timidez. Yo pienso que lo más importante para el psicoanalista no es el dominarse a sí mismo a la manera oriental, como un yoga. No se trata de controlarse suprimiendo toda espontaneidad, ni menos de poner siempre una buena cara pase lo que pasare. Es necesario que esta igualdad de conducta esté garantizada —si es que se puede garantizar algo en este mundo— por su propia evolución, es decir, que el psicoanalista debe ser capaz de analizar y comprender su propia contribución a esta acción social del psicoanálisis.

Hablaba hace un momento de la transferencia, de la repetición de conductas, fantasías y angustias del paciente en la acción social de psicoanálisis. Pero no hay que olvidar (y tal ha sido por desgracia la tendencia du-

rante muchos años) que el psicoanalista es también un hombre, que tiene un pasado, que casi sin excepción ha sido también un neurótico.

Quien no tenga problemas puede hacerse astronauta. Admiro mucho a los astronautas y encuentro un cierto paralelismo entre descender a las profundidades de lo humano y ascender a las profundidades del cosmos. Pero el astronauta no es un neurótico, o si lo es, está contento con su neurósis, a la que puede dar así una brillante salida. El otro, en cambio, no está contento con su neurosis y busca comprenderse a sí mismo y hallar una respuesta antropológica a sus conflictos humanos. Para ello no tiene otro camino que el de analizarse. El psicoanalista debe estar lo mejor analizado posible; si no, en la medida en que su propio comportamiento le sea opaco, correrá el peligro de falsear la situación para ambos protagonistas. He aquí la respuesta a la pregunta por qué es necesario el psicoanálisis estricto de todo psicoanalista.

Evidentemente todo en el mundo es ambivalente. Quien pretenda hacer psicoanálisis debe persuadirse de esta verdad: no hay simplemente negro o blanco, sino que en todo hay un aspecto positivo y otro negativo. Debe aceptar pues como inevitable que aún el psicoanálisis en general y el psicoanálisis del psicoanalista en particular tiene sus lagunas y su lado negativo. Los analistas que cultivan aún el mito del “psicoanalista perfectamente analizado” son gentes evidentemente mal analizadas, que se imaginan al hacer su psicoanálisis didáctico que reciben un sacramento y miran a los otros por encima del hombro y los consideran como los “pobres no analizados”. No hay sacramento psicoanalítico. Esta concepción mágica perdura, sin embargo, soterrada en muchos grupos.

Transferencia y Contratransferencia

Como hemos visto, la transferencia y la contratransferencia en la situación experimental del psicoanálisis, repiten

las formas de relación específicas tanto del analista como del analizado, con todas las particularidades, alienaciones y absurdos aparentes de esos comportamientos. Como la situación psicoanalítica está estrictamente delimitada, como permanece más o menos idéntica a sí misma (lo que no es el caso en las situaciones habituales de la vida), se puede aislar más fácilmente y revivir las particularidades de la transferencia (y de la contratransferencia). Paulatinamente se nota que la transferencia (y la contratransferencia) obedecen a la compulsión repetitiva. Ahora bien, la situación psicoanalítica permite una regresión de lo vivido por la transferencia que se hace en esa situación libremente y repite el pasado. Es así como la transferencia puede ser *analizada*.

La transferencia y la contratransferencia repiten por tanto —en los fantasmas— todos los comportamientos precedentes; resumen y totalizan las experiencias vividas, es decir, todas las *impregnaciones* que el sujeto ha recibido de su familia en su infancia, y —a través de estas exigencias familiares— las impregnaciones de la estructura social, puesto que la familia, a su turno está impregnada por la sociedad.

Por tanto podemos distinguir tres aspectos principales en la transferencia (y la contratransferencia) :

1) La repetición de experiencias estrictamente individuales.

2) La repetición de experiencias familiares, de los troquelados hechos por la familia.

3) Más allá, la repetición de experiencias colectivas transmitidas por la familia, que pertenece a una clase social en una sociedad determinada y transmite al niño todos los prejuicios y las maneras de sentir de esta sociedad. Ella no transmite al niño un “principio de realidad” puro y abstracto, sino un principio de realidad *histórico*, alienado en la situación particular de la familia en el seno de una clase social, y que podemos llamar con *Herbert Mar-*

cuse el “principio de rendimiento social”.

Observemos en seguida que el tercer aspecto —no se trata, por otra parte, más que de *aspectos* de una totalidad general de comportamiento— es el más difícil de analizar porque el analista mismo representa una clase social y él mismo está modelado por el “principio de rendimiento” inherente a esta clase. Históricamente, el psicoanálisis es el producto de la burguesía, y casi siempre el analista y el analizado son burgueses que creen que el “principio de rendimiento social” que se les ha inculcado es verdadera y metafísicamente un “principio de realidad pura”, cuando se trata de un principio histórico que ya está superado por los hechos. Pienso, no obstante, que mientras se toma conciencia de esta particularidad, se deberá continuar de todas maneras el trabajo “desmistificante” del psicoanálisis en la dirección de una crítica de las ideologías burguesas por las cuales ha sido influido. . .

A pesar de esta dificultad, el psicoanálisis es, en esencia, dialéctico e interpersonal y puede ser desarrollado en esta dirección “intercolectiva” y social porque ha comprendido que la persona humana es el producto de todas sus experiencias. Ahora bien, estas experiencias son, a su turno, el producto de una situación concreta en una etapa histórica y económica.

Podemos afirmar por tanto que, tomando conciencia de su papel crítico con respecto a *todas* las experiencias concretas del hombre, el psicoanálisis es verdaderamente personalista, antropológico: y puede llegar a ser *social*.

Pero hay que estar alerta. Justamente se habla mucho de psicoterapias “personales”, “antropológicas”, *por oposición* al psicoanálisis. Nunca se alertará suficientemente a los estudiantes de psicología contra estas concepciones vagas y reaccionarias de psicoterapias marcadas con etiquetas de un vocabulario a la moda. Se trata casi siempre de ideologías nacidas de una resis-

tencia contra el trabajo crítico del psicoanálisis. Cómo pueden tales psicoterapias cumplir un verdadero trabajo crítico, si ellas mismas son el fruto de una resistencia contra la toma de conciencia de las determinaciones humanas, contra el análisis de la motivación? Partiendo de tales concepciones pseudo-personalistas y pseudo-antropológicas, se insiste sobre el hecho de que dichas psicoterapias asumen mejor que el psicoanálisis el *encuentro* personal del terapeuta con su enfermo. Pues bien, yo debo llamar tales psicoterapias, psicoterapias “silvestres”, psicoterapias misticadoras. En general son psicoterapias autoritarias, sugestivas, que no descubren absolutamente nada de los moldeamientos y las motivaciones neuróticas ¿Por qué? Pues porque ellas ignoran justamente los peligros y las dificultades debidas a la transferencia y a la contratransferencia. A la sombra de las “relaciones personales” y del “encuentro existencial”, dan libre curso a las ilusiones transferenciales y contratransferenciales y a las racionalizaciones de la resistencia neurótica contra la toma de conciencia.

Un cirujano decía que él no podía operar “existencialmente”, de una manera “personalista” porque entonces prestaría atención a las características privadas del operado más que a la operación; trabajaría de una manera muy distinta con una joven bonita que con una mujer vieja; con un hombre rico que con un hombre pobre... El *verdadero* personalismo consiste a veces en hacer una cierta abstracción de las preferencias personales, en criticar las tendencias personales... La psicoterapia no es cirugía y el encuentro psicoanalítico es evidentemente mucho más interpersonal que el encuentro quirúrgico. El “paciente” es mucho más “objeto” en cirugía y mucho más “persona” en psicoanálisis. Pero, no obstante, pienso con frecuencia en las palabras de este cirujano!

Ustedes saben que un psicoanalista no puede analizar a sus amigos, a sus conocidos y menos aún a los miembros de

su familia. Se exigen del psicoanalista dos cosas: la idoneidad y una distancia que justamente puede parecer impersonal. Por una paradoja que ustedes comprenderán ahora, es la garantía de un trabajo verdaderamente “personal”!

El psicoanálisis no es encuentro desordenado e intuitivo. Por una parte, el psicoanalista no es ni educador, ni director de conciencia ni menos aún autoridad tiránica. Por otra parte no existen buenos tiranos, todos los tiranos son malos. Esto es lo que nosotros llamamos “psicoanálisis silvestre” que es peligroso y constituye una caricatura del psicoanálisis.

El Psicoanálisis Profano

No hay que confundir el “psicoanálisis silvestre” con lo que se denomina —con un término impropio y muy desafortunado— el “psicoanálisis profano”. Cuando se habla de “psicoanálisis profano” se piensa en el psicoanálisis hecho por no-médicos, por ejemplo psicólogos. Pero acabo de decirlo, este término es desafortunado. Tanto el médico como el psicólogo pueden muy bien ser “profanos” en psicoanálisis, si no han hecho una formación psicoanalítica regular. Entonces es cuando son “profanos” y hacen “psicoanálisis silvestre”.

Es triste comprobar que la Asociación Psicoanalítica Internacional llamada “ortodoxa”, en su espíritu anti-psicoanalítico de totalitarismo y de institucionalismo, se ha hecho completamente infiel al espíritu de *Freud* quien consideraba que la pretensión de los médicos de hacer ellos solos el psicoanálisis es un error pesado y grave. Sabemos ahora por sus cartas, que él mismo quiso excluir a la Sociedad Americana de Psicoanálisis de la Asociación Internacional porque los psicoanalistas americanos no admitían sino médicos en el ejercicio del psicoanálisis. Lástima que *Freud* no haya puesto en práctica su deseo, porque así se le hubiera evitado quizás este espíritu de sectarismo al psicoanálisis?

Permaneciendo fiel a *Freud* considero que ni el médico ni el psicólogo son aptos como tales para ejercer el psicoanálisis. Es necesaria la formación psicoanalítica que, como hemos visto, es una formación específica y científica y no tiene nada que ver con un sacramento. Pero el diploma de médico tampoco tiene que ver con un sacramento. Evidentemente, pienso que en nuestra época en la que el concepto de enfermedad ha perdido su carácter sagrado y abandonado la la filosofía, los estudios de medicina son muy útiles como primera preparación para el psicoanálisis, pero no son absolutamente necesarios para éste si se trabaja en equipo en colaboración con un médico. Así puedo tranquilizar a los estudiantes de psicología, algunos de los psicoanalistas más famosos como *Anna Freud*, *Melanie Klein*, *Theodore Reik*, *Otto Rank*, *Oskar Pfister*, *Auguste Aichhorn* y muchos otros no han sido médicos. Creo que la fábula de la necesidad de ser médico para ser psicoanalista está alimentada por ideologías a las cuales he hecho alusión al hablar de la transferencia intercolectiva. Quiero decir que es una mistificación colectiva hecha de intereses financieros, de prejuicios de clase y de casta, etc. Habría que analizar estos prejuicios.

Un hecho mucho más importante es que la preparación del psicoanalista sea médico o no, es muy larga y muy difícil. No querría por tanto animar a ningún "amateur" a comenzarla! Se necesita mucha paciencia y valor, ante todo mucha seriedad. Porque la "técnica" misma del psicoanálisis, tal como debe ser aplicada, está hecha de seriedad, de esfuerzo y de paciencia. Sobre esta técnica quisiera decirles aún algunas palabras en la lección siguiente.

II

LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA

Hablamos ayer de las técnicas silvestres en psicoterapia, anotando que algunas de ellas se deben a la resistencia y a la racionalización de la resistencia contra el conocimiento (tomamos la

palabra "conocimiento" no sólo en el sentido de los conocimientos que pueden adquirirse en los libros, sino en el sentido del conocimiento de sí mismo, de la personalización de sí mismo, que, como lo hemos visto, está llena de conflictos). Las técnicas silvestres de psicoterapia son, pues, el resultado de las defensas del yo del psicoterapeuta, defensas desafortunadas que entrañan desgraciadamente también una racionalización para su paciente.

A partir de una ideología es muy fácil concebir una técnica. Basta con meterse en un cuarto de trabajo, reflexionar sobre la base de los conocimientos que se poseen y llegar a construir una teoría, un método, una técnica psicoterapéutica cualquiera, que constituye siempre, y de allí lo desafortunado, un regreso a la época pre-freudiana. En general, todos los ensayos a priori para superar a *Freud* hacen parte de tales racionalizaciones. Si se trabaja seriamente en este campo de acción, se ve inmediatamente que *Freud* no era infalible y que se equivocó toscamente en muchas cosas, que se contradijo a menudo, pero que su método y su técnica no salieron de su cabeza o de su mesa de trabajo, sino que han sido el resultado de 50 años de búsqueda paciente, de búsqueda clínica y de descubrimientos geniales.

En general hay muchas gentes y muchos especialistas en nuestro campo de trabajo que tienen la profesión de superar a los genios que son incómodos para una ideología. Se ha querido durante 100 años superar a *Darwin*, se ha querido durante 120 años superar a *Marx* y se ha querido durante 50 años superar a *Freud*, sin éxito ninguno, lo que no significa que estos pensadores fueran infalibles, pero para superar a alguien es necesario primero alcanzarlo. La palabra superación no me gusta, evidentemente todo pensamiento vivo se supera a sí mismo, todo ser humano se supera a sí mismo y ciertamente la formación de sectas y de partidos totalitarios en sociología, en ciencia, así como también en política, constituyen

un grave peligro. Pero superar a alguien por profesión casi, conocer un poco de un autor y a causa de su propia ideología, de su propia creencia decirse que hay que superarlo, no tiene éxito casi nunca. Desafortunadamente hay psicoterapeutas que tienen la profesión de superar a todo el mundo: *Freud, Jung, Adler, Fromm, Caruso*, etc. Es muy fácil superar a alguien y hacer eclecticismo.

El Eclecticismo

Uno de los peligros más graves en la psicoterapia analítica es el eclecticismo. No se trata de la tolerancia sino de la ignorancia. En general los eclecticismos son pseudo-especialistas que seguramente han leído y entendido mucho pero digerido poco. Son gentes que tienen una mala digestión: cierta parte de *Freud*, de *Adler*, de *Jung* les ha quedado en el estómago y trabajan por un puro pragmatismo. Son gentes miopes que no ven muy lejos. Evidentemente se puede tener un éxito fácil y rápido mezclando un poco todas las recetas: es la actitud ecléctica por excelencia. Constituye el empirismo en el mal sentido de la palabra. Esto no quiere decir en absoluto que *Freud* o cualquier otro sean infalibles, pero la actitud ecléctica delata una actitud precientífica y por tanto no se puede ser ecléctico ni en psicoanálisis ni en psicoterapia.

El Dogmatismo

El peligro contrario y tan grande como el anterior lo constituye el dogmatismo, si bien es el eclecticismo el que acecha en primer término a los iniciados y como yo hablo especialmente a los estudiantes, todo esfuerzo resulta insuficiente para ponerlos en guardia contra el eclecticismo.

En el psicoanálisis, que evoluciona desde hace 70 años, existe también el aspecto ideológico y mágico, especialmente en la ortodoxia psicoanalítica, pero hay que desenmascararlo. Esto no quiere decir que haya que hacer eclec-

ticismo o crear nuevas escuelas. En su larga evolución la técnica psicoanalítica ha requerido mucha paciencia y constituido para el psicoanalista muchas frustraciones narcisistas. Evidentemente, y *Freud* lo ha dicho dos o tres veces, el psicoanálisis debe proporcionarle también una satisfacción narcisista — de lo contrario no podría ejercerse un trabajo que sólo proporciona decepciones. Pero, lo repito, es una técnica que requiere paciencia. Los resultados no son espectaculares ni vienen repentinamente a través de una serie de pequeños ensayos. No se insistirá nunca lo suficiente, por lo menos ante los principiantes, sobre el aspecto estable de la técnica.

Las relaciones humanas son móviles, difíciles y con frecuencia incomprensibles para los seres humanos. Hay que encontrar por tanto, laboriosamente, en la práctica y no en la mesa de trabajo, una técnica que pueda aislar esas relaciones. Con frecuencia nos decimos: Dios mío! De nuevo hago la misma tontería; de nuevo hago la misma experiencia desafortunada en la vida; y tratamos de modificarnos, hacemos votos o promesas a nosotros mismos o al cielo de obrar de otro modo; pero, seamos francos, sin éxito alguno. Siempre repetimos lo que está en nosotros, lo que es el infortunio de nuestra vida. Pero para aislar este comportamiento y esta relación, es decir, la relación donde estamos imbricados, la relación afectiva con la familia, con nuestros amigos, etc., es necesario encontrar una técnica muy estable que sea como un espejo (palabra poco apropiada aunque muy usada en psicoanálisis). Se creía que el psicoanálisis es un espejo del psicoanalizado y que el psicoanalista puede abstraerse de sí mismo como si fuera un ser superior, lo cual no es cierto. Indudablemente el psicoanalista es también un ser humano, digamos más bien que es un testigo que obedece a reglas de testimonio estrictas. La regla de comportamiento del psicoanalista es tan estable como la regla de comportamiento del psicoanalizado. Entre las

reglas está la de sentarse fuera del campo de visión del psicoanalizado para no molestarlo con su mímica, la regla del silencio, etc. Ustedes saben que las psicoterapias silvestres son sin excepción psicoterapias locuaces. En este sistema el psicoterapeuta tiene siempre algo que decir. Quizá pueda tener mucha experiencia, mucha ciencia, pero esto no quiere decir que deba urgir, reformar, cambiar a su paciente. Ya esto lo han intentado los padres, los maestros, los sacerdotes, los jefes jerárquicos: todos han tratado con inteligencia o con estupidez de cambiar a este pobre sujeto que está en fase psicoterapéutica, y si la psicoterapia silvestre continúa haciendo lo mismo, encontrará quizá mejores argumentos, dará algunos conocimientos psicoanalíticos, encontrará algunos mecanismos que explicarán ciertos comportamientos, pero no obtendrá en definitiva un verdadero mejoramiento del carácter, un progreso en la personalización, porque también el psicoterapeuta repetirá el mecanismo causante de la repetición del comportamiento de protesta y de defensa de su paciente. Por tanto, el psicoanalista que aprende, debe antes que todo aprender a permanecer silencioso; se cometen menos errores permaneciendo silenciosos: esta es una regla general. Para poder hacer intervenciones e interpretaciones hay que tener mucha experiencia y una cierta técnica de autocritica. Antes que todo el psicoanalista es un testigo, su misma actitud, la situación psicoanalítica entre dos, permite reconocer poco a poco la transferencia, es decir, la repetición de comportamientos inadecuados del paciente en una situación neutra, fría y experimental. La repetición del comportamiento se reconoce poco a poco, casi por sí sola. Esto no quiere decir que el psicoanalista no tenga nada que hacer; todo lo contrario: debe tener en cuenta todos los comportamientos, intervenir en el momento oportuno, decir por ejemplo: "He aquí un comportamiento que se repite: ¿por qué?" Ustedes ven que se trata de una toma de conciencia lenta, difícil, monótona a veces. No se trata de una aventura mágica o misteriosa

que atrae a mucha gente joven al psicoanálisis y a la psicoterapia y a muchos espíritus inestables que permanecen siendo los aventureros de la psicoterapia. Yo diría que la aventura psicoterapéutica es una aventura muy fría, muy prudente, muy técnica; si se busca otra cosa, sería solo aventura. Se trata de una toma da conciencia, lo repito, y de allí la importancia de la verbalización en psicoanálisis. El paciente debe verbalizar todo lo que piensa, todo lo que siente, sin controlar, sin escoger, ya que se trata de tomar conciencia de aquello que hay en el paciente y no de decir cosas "a la medida", cosas que son ya conscientes pero de una manera errónea y constituyen la mala conciencia. Es un trabajo de conceptualización, es decir, que el paciente con el psicoanalista debe desenvolverse difícilmente. El psicoanalista no es un profeta ni un visionario y debe ir un paso solamente delante de su paciente, como dice *Freud*. No debe saberlo todo, no debe hacer hipótesis inmensas sobre su paciente. Debe rehacer con él todo su trabajo de conceptualización y de toma de conciencia. Solamente la toma de conciencia lenta y difícil puede liberar al paciente de su comportamiento inadecuado.

Todos los que han estado presentes en mi curso general recordarán la teoría de los simulacros en el estudio del comportamiento animal. El hombre puede fácilmente neurotizarse un animal al presentarle simulacros, analogías para la satisfacción de sus instintos. Es una analogía cualquiera que no satisface el instinto. De paso sea dicho que el instinto puede desviarse fácilmente. Un animal que tiene una pseudo-satisfacción, que ha sido troquelado por simulacros artificiales no llegará a sanar jamás de esta especie de neurosis. El hombre es impregnado por los simulacros mucho más que el animal. La cultura ofrece siempre simulacros de la naturaleza que con frecuencia son positivos, por ejemplo la sublimación, es decir, el renunciamiento a satisfacciones inmediatas y naturales en hombre de la cultura, en nombre de satisfacciones más elevadas

socialmente. Pero ¿cómo renunciar a la satisfacción de un impulso y encontrarla en otro objeto? Por medio de un simulacro. La cultura es un simulacro en el sentido afirmativo, o por lo menos debiera ser positivo porque realmente se hacen cosas horribles en nombre de la cultura. En síntesis, la cultura y la culturalización del hombre se hacen por medio de simulacros. La neurosis y la perversión del hombre se hacen por simulacros negativos socialmente y hacen al individuo desgraciado en una sociedad dada. El animal no puede conceptualizar, no puede comprender que el simulacro es un simulacro. El hombre, aunque difícilmente, puede hacerlo. Si mi satisfacción, mi instancia de placer ha sido troquelada por simulacros, repetiré indefinidamente los hechos, trataré de alcanzar ese mismo simulacro y siempre seré decepcionado, la satisfacción no será nunca completa, así repitiere este simulacro miles de veces. Pero al revivir mi historia frente a un testigo objetivo que me ve repetir muchas veces un comportamiento inadecuado en una situación experimental, el testigo me lo explicará un poco, vuelvo a repetirlos, él me lo explica de nuevo, y poco a poco yo mismo veo que repito comportamientos completamente estúpidos, anacrónicos frente a mi psicoanalista. Es así como paulatinamente puedo conceptualizar y comprender mi comportamiento, manejarlo, rehacerlo de nuevo. La toma de conciencia no es algo que llega de pronto como una especie de conversión dramática, que sí existe pero que es muy rara y a veces neurótica.

En su técnica el psicoanálisis presta una importancia muy grande a ese cuadro estable, a la regla de conducta del psicoanalista que no debe intervenir ni dirigir a su paciente, sino explicarle en el momento oportuno, con paciencia, sus hipótesis y que además se equivoca. No se puede ser infalible en psicoanálisis. Si tomamos la máscara de la infalibilidad, el paciente lo notará bien, somos humanos y nos equivocamos.

Existen también técnicas auxiliares. En Viena hacemos escribir al paciente

un proceso verbal de la sesión. Este ha sido un ensayo muy discutido por el grupo más clásico y ortodoxo, aduciendo que nosotros olvidamos la racionalización ideológica, porque al hacer un trabajo escrito se estorba la verbalización que es la regla fundamental del psicoanálisis. Hemos comprobado que son argumentos dogmáticos hechos a priori. Los ensayos de muchos años nos han permitido comprobar que cuando el paciente tiene la posibilidad de hacer un proceso verbal íntimo de la sesión psicoanalítica y de dársela a su psicoanalista, prepara con frecuencia, sin saberlo (atacando un cierto problema, escribiendo algunas cuestiones que se le han propuesto en las horas precedentes) la verbalización espontánea para la sesión siguiente.

La Ortodoxia Psicoanalítica

Este aspecto de la técnica es muy importante porque plantea el problema de la ortodoxia en psicoanálisis. Una pequeña discusión de método, de técnica, no solamente moviliza el interés científico objetivo, sino también, —y especialmente en el medio psicoanalítico— intereses ideológicos, mágicos, de grupo o de secta. Si bien soy enemigo absoluto de la ortodoxia psicoanalítica, veo la ambivalencia de esta situación muy claramente (así lo espero por lo menos) porque todo sistema antropológico tiende necesaria y desafortunadamente hacia una ortodoxia. El pensamiento dialéctico vivo es muy difícil. No podemos reflexionar siempre al criticar los conceptos más conocidos, empleamos siempre palabras en lugar de conceptos vivos, lo mismo en psicoanálisis. Muchas veces al día repito la palabra transferencia pero no puedo re-pensar cada vez lo que ella significa, se ha convertido la palabra como en una cosa, en una cosa mágica. No puedo sumergirme a cada instante de una manera nueva en este pensamiento de descubrimiento, de sentir lo que es la transferencia o no importa qué. Lo mismo sucede en la vida común y corriente: se siente lo que es la ciencia,

el conocimiento, pero se dicen palabras, es el nominalismo.

Todo sistema antropológico que hace descubrimientos importantes tiende evidentemente a automatizarse y a convertirse en nominalista, a pesar de pretender ser científico. Por ejemplo, el marxismo que es la ciencia de la historia se pretende ser científica; el psicoanálisis es la ciencia del desarrollo humano y de su neurosis y pretende ser científica.

El hombre es terriblemente complejo y hay siempre en todas sus ciencias una filosofía escondida. Ello está bien cuando no está oculta, cuando el antropólogo dice claramente por qué tiene una tal filosofía. El psicoanálisis ha negado ser una filosofía y ha querido ser una ciencia completamente clínica. Evidentemente es falso. No se puede pensar, simplemente pensar en el ser humano sin filosofar. Se trata solo de encontrar una filosofía que sea satisfactoria teóricamente y que al mismo tiempo sea una praxis (en el sentido griego y alemán, no la palabra práctica que quiere decir devenir no importa qué; es hacer justamente práctica, es el pragmatismo). La teoría debe ser también una buena praxis, es decir, una relación adecuada con los hombres. Ahora bien, una relación adecuada con los hombres traerá en consecuencia la reflexión, la racionalización buena o mala. Hay siempre una filosofía escondida o abierta en nuestras relaciones antropológicas, en nuestras relaciones con los otros hombres. Así se forma en el sistema antropológico una especie de ortodoxia, porque se trata de la teoría y de la praxis con el ser humano, que es lo más importante en el mundo, con el ser de seres, con el ser que es la conciencia reflejada del mundo. Si tengo una teoría y una praxis con los hombres, es decir conmigo mismo, puedo vacilar y equivocarme. Pero mis opiniones al respecto tienden hacia una especie de dogmatismo. La opinión que tengo sobre mí mismo y sobre los hombres, si soy de buena fe, debo probarla, criticarla, controlarla en la práctica cotidiana, abandonar

las hipótesis superadas y hacer hipótesis nuevas, pero siendo yo mismo hombre en un mundo de hombres, mi opinión sobre los hombres y sobre mí mismo tenderá siempre al dogmatismo. Pues bien, esto es lo que le ha pasado al psicoanálisis. Oficialmente este pretende no ser en absoluto dogmático, ser la Ciencia. Una sociedad sabia y abierta. No es verdad. Es una sociedad ideológica y cerrada: es un instrumento de peligro. Y el peligro está precisamente en la rigidez del dogmatismo psicoanalítico que con frecuencia confunde la ciencia del hombre, que tiende ella misma al dogmatismo, con ideologías propias, con los intereses médicos, sociales, etc. ¿Por qué es un peligro? Evidentemente, éste no reside en la diversión de los psicoanalistas de hacer grupos cerrados: esto no es peligroso, es infantil, pero es un peligro para el paciente porque todo psicoanalista aporta la contratransferencia. Un psicoanalista no es un espejo puro, como se creía hace 40 años, cuando se esperaba que debería ser un superhombre, un ángel para ser un espejo puro. No: es un compañero del psicoanalizado, es un testigo que obedece a reglas estrictas, que son en cierto modo una garantía, pero que son insuficientes si el psicoanalista mismo es un neurótico hasta el punto de hacer de la ciencia sociedades masónicas, secretas, en lugar de ciencia. Estos son por tanto los peligros específicos de la contratransferencia, restos de pensamiento mágico que tenemos todos. No critico a los psicoanalistas de otros grupos: me critico a mí mismo. Sé que nosotros tenemos pensamiento mágico y sé que este pensamiento mágico está favorecido por la situación de la sociedad humana, de la cultura tal como existe; porque hay necesidad de luchar, hay que tener intereses, hay que tener un grupo, hay que tener una situación social, hay que tener una situación científica, y la situación científica no se adquiere por la ciencia solamente. Espero que ustedes lo sepan, pues no quiero decepcionarlos: la ciencia no existe en el cielo platónico de las ideas. Hay sabios que se hacen profesores, asistentes, o ministros de educación.

Todo está alienado en el hombre en una sociedad concreta, sociedad que es opresiva aunque se diga democrática. A la misma situación se llega en el campo del psicoanálisis. El médico hace la guerra al psicólogo —si bien *Freud* estaba en la línea contraria— el psicólogo se defiende contra el médico; un grupo teórico se sitúa contra otro y la teoría no importa: es cosa personal, etc. Todo esto es lamentable tanto para el psicoanalista como para el paciente. Pero personalmente soy optimista. Hace algunos días departí con un médico colombiano quien deploraba las dificultades psicoanalíticas que existen en el mundo, y yo le dije: ¿Por qué? Esto es conveniente. Por ejemplo, es bueno que los comunistas hagan una guerra ideológica; que los chinos y los rusos estén en conflicto ideológico, porque un sistema esclerosado —en lugar de ser viviente y dialéctico— un sistema totalitario ha sido roto. Hay ya una conversación, un conflicto que de no ser muy grave, hace posible un comportamiento nuevo. Con respecto al psicoanálisis estoy contento de que la sociedad psicoanalítica se encuentre en descomposición en todas partes, y lo digo no por maldad, al menos así lo espero. Hay grupos en Colombia, lo he sabido, en Alemania, en Francia, en Holanda, en Bélgica, en América del Norte. En todas partes hay escisiones, sismas y todo esto está muy bien, no porque yo deteste la sociedad internacional, aunque quizá haya también en mí un poco de agresividad, sino más que todo porque será posible una conversación, un pensamiento nuevo. El monopolio en psicoanálisis es siempre un peligro grave, un grave peligro de magia. Encuentro que no hay que conceder demasiada atención a esa miseria del psicoanálisis. Así como *Marx* habló de la miseria de la filosofía, estas son miserias del psicoanálisis! Todo esto es una lástima, pero en el fondo no importa, ¡simplemente es humano! La técnica y el método así como las grandes hipótesis del psicoanálisis no han sido superadas a pesar de su miseria. Esto es lo que hay que saber. Ya que estoy en este terreno resbaladizo, si bien poco importante, pue-

do hablar con simplicidad y diré que nuestra propia diferencia con la ortodoxia freudiana está en la tendencia, en el deseo de permanecer abiertos y revolucionarios, de no convertirnos en una gran iglesia que excomulga sectas. Es un ideal que no ha tenido éxito completo ya que nosotros tenemos también grupos en muchos países, nos hemos convertido en una especie de institución y espero que habrá también sectas entre nosotros que hagan crítica. En el Círculo Vienés también se cometen errores, se ha hecho mucha ideología, especie de existencialismo cristiano, justamente por cierta resistencia contra el dogmatismo freudiano y nuevamente hemos regresado al freudismo. En muchos puntos somos más ortodoxos que los ortodoxos, lo digo como lo pienso, y tratamos sobre todo de volver a situar el estudio de la persona humana, por esto se llama personalismo, psicoanálisis personalista, en su contexto histórico y social. Tenemos nuestras hipótesis y tratamos de seguirlas; tratamos siempre de volver a colocar a la antropología del hombre concreto, del neurótico, de ese que soy yo, en su contexto antropológico, histórico y social. Estamos al borde de una revolución mundial cualquiera que sea, social, política, económica... Basta con abrir los ojos para ver que el mundo cambia de cara en el siglo XX y que si el mundo existe aún, en 100 años, si no es destruido por la locura humana, será un mundo irreconocible. Nuestros modos de vivir y de pensar, nuestros modos sociales y políticos, nuestros modos científicos. Todo, todo, será completamente transformado. Nuestros hijos estarán en el planeta Marte o en la Luna; habrá evidentemente una planificación del universo a escala cósmica ya que no se puede actuar en pequeñas competencias políticas. Ustedes ven cómo los rusos tratan de ponerse de acuerdo con los americanos. Habrá un cambio completo de la estructura social, cambio que puede ser muy doloroso, terrible en ciertos países, menos terrible en otros, no lo sé y no se trata de pronósticos políticos. Pienso también

que la antropología cualquiera que sea aún la antropología del pequeño neurótico cotidiano se modificará. El psicoanalista debe comprender entonces, que vivir en un mundo psicoanalítico cerrado es una locura. Es lo mismo que para un partido político vivir en su mundo cerrado, no creer sino en sus intereses personales, en los pequeños intereses políticos de una ciudad, de la provincia, de un pequeño país. Hay que pensar a escala antropológica, a escala social. Esto no quiere decir que se modifique mucho la técnica; nuestra técnica no es absolutamente diferente de la técnica clásica y ortodoxa, es la actitud la que es diferente a veces. Y la actitud —puesto que la teoría y la praxis se compenetran y condicionan la una a la otra— modifica la técnica, el método. La actitud y por tanto el comportamiento microscópico cotidiano de un grupo abierto, no es la misma que en un grupo cerrado, así tengan los mismos dogmas y las mismas reglas. Hay una actitud diferente que es ante todo una cuestión de abertura y quiero que piensen en esto con un amplio criterio humano.

Nada ha cambiado en la estructura dogmática de la Iglesia Católica de Pío XII a Juan XXIII, y sin embargo la actitud ha sido diferente: en el reinado totalitario de Pío XII todo es blanco o negro. Con Juan XXIII hay un reino extraordinario de abertura y de revolución en el pensamiento que no ha durado sino 4 años y que quedará probablemente por siglos en la historia. Es una simple comparación. Bien: los psicoanalistas no deben ser dogmáticos, no tienen una religión psicoanalítica, pero en todo sistema antropológico, como ya lo he dicho, hay un cierto criterio de sistema rígido, más o menos dogmático que hay que tratar de romper, no volviendo todo añicos como hacen algunos de manera nihilista. No. Criticando, tratando siempre de permanecer abiertos para mejor comprender al hombre y por tanto para servir mejor al hombre.

III.

¿CUÁL ES LA META DEL PSICOANÁLISIS?

Evidentemente volver a los neuróticos gentes no neuróticas. Solamente para demostrar este criterio se necesitaría una discusión de años. Nadie sabe lo que es la neurosis propiamente dicha, lo cual no significa que sea misteriosa o mística, pero es un estado del hombre en una civilización, en una educación, en una situación histórica; es el estado de todos nosotros —¡no nos hagamos ilusiones!— Solamente existe un más o un menos de neurosis, una neurosis totalmente desadaptada a un modo de vida social, que puede ser en ocasiones más malo que la neurosis misma. Por consiguiente, creo que la meta del psicoanálisis es la de plantear cada vez interrogantes menos oscuros al mundo y a sí mismo con absoluta honestidad, no haciendo trampa a sí mismo, como solemos hacerlo todos. No es descargar los remordimientos y la mala conciencia en bucos emisarios, no es cerrar los ojos ante la propia situación en la sociedad, en la familia, en las relaciones humanas: es plantear interrogantes aunque no se responda siempre.

Me he dado cuenta de una tendencia comprensible y muy particular: en ustedes que han venido a la Universidad a estudiar; en el hombre en general; en todos nosotros, y es la de que queremos siempre respuestas "a la medida". Creemos que existen respuestas negras o blancas precisamente para los problemas más difíciles, sobre Dios, sobre la sociedad, sobre el mundo. . . . Creo que el psicoanálisis muestra la marcha histórica —bastante relativa— de muchas de nuestras opiniones y nuestros dogmas. Algunos psicoanalistas creen o creían que la meta del psicoanálisis es una especie de adaptación; palabra tan incierta como el término de neurosis. Adaptado a ¿qué, cuándo y para qué? El concepto de adaptación es un concepto híbrido. Es evidente que aún para combatir algo, debo adaptarme al contendor. Adaptación no quiere decir, por

tanto, la introyección de todo cuanto constituye la estructura dentro de la cual vivimos. El psicoanálisis no debe hacer buenos ciudadanos, sino hombres, seres humanos conscientes, no conformistas, cualquiera que sea la conformidad. El psicoanálisis no es un sustituto de la acción social.

A través de mis viajes por el mundo he podido observar que muchos grupos psicoanalíticos, sin decirlo claramente, ven la meta del psicoanálisis en una especie de pragmatismo, es decir, de eficacia: ser eficaz, ganar dinero sin tener muchos complejos acerca del modo de ganarlo. Creo que todo psicoanálisis se vuelve cada vez más eficiente, no necesariamente en el sentido de un bienestar burgués y egoísta. En tiempos de *Freud* el psicoanálisis era mucho más fácil que hoy día. Esta afirmación es paradójica ya que *Freud* y sus discípulos descubrieron terrenos completamente desconocidos, avanzando en las tinieblas. Pero, en general, si leen las obras y las historias clínicas de *Freud*, se darán cuenta de que como buen médico y clínico y avanzando en un terreno desconocido, buscaba ante todo aliviar los síntomas dramáticos, los síntomas perjudiciales y difíciles de soportar. Pienso que es mucho más fácil aliviar un tic, una conversión histérica, una fobia, que hacer el psicoanálisis como se hace en la actualidad. ¿Se hace mejor o peor que en época de *Freud*? Como todo fenómeno humano, este problema tiene dos aspectos, es ambivalente. En las cartas de *Freud* publicadas hace algún tiempo, se puede leer cómo hacía los análisis didácticos en dos o tres semanas paseándose por las calles de Viena en sus ratos de descanso. Era una especie de análisis de ambulante. Ahora se hacen análisis didácticos de 300, 400, 600 horas y he oído decir, seguramente en broma, que la cantidad es de 800 a 1000 horas. ¿Por qué no 20.000? ¿Por qué no toda la vida? No lo sé. En efecto, es más difícil hoy hacer un psicoanálisis, sobre todo en Europa, América del Norte y los países muy desarrollados porque ya casi no existen las neurosis de carácter

neurótico dramático, sino las neurosis de carácter neurótico humano. Los síntomas dramáticos, por ejemplo, el arco histérico y la conversión dramática se observan muy esporádicamente.

Estudios psicoanalíticos han mostrado justamente que con el progreso de la civilización, han aumentado también los conocimientos de esta índole. Así en Europa el que padece una gripa por ejemplo se pregunta (aún en el caso de detestar el psicoanálisis) si no se tratará de algo psíquico. Es innegable que los síntomas neuróticos dramáticos desaparecen cada vez más y en su lugar aparecen las neurosis de carácter, difíciles de tratar. ¿Dónde está el criterio del éxito? He tratado de mostrarles lo difícil y huidizo que es. Está más bien en la liberación de esa capacidad de avance del hombre planteándose nuevas preguntas, sin crearse mitos y sin enmascarar su mala conciencia.

Diferencias con la Ortodoxia Psicoanalítica

Ustedes se preguntarán como representante de una escuela heterodoxa, qué diferencia existe con aquella que se denomina a sí misma "ortodoxia" psicoanalítica. No sabría responder fácilmente. Alguna vez en el Brasil al terminar una conferencia un médico se levantó, quizá un poco molesto por la dificultades dialécticas de los problemas planteados y preguntó: ¿Podría decirme en tres frases (no sé por qué en tres), cuál es la diferencia entre usted y *Freud*?" En ese momento tuve que darme por vencido y le respondí: usted que ha escuchado mis conferencias puede hacer la crítica de estas diferencias. No puedo contestarle en tres frases ni en treinta, pero se lo diré en una sola: no existe ninguna diferencia y existen todas las diferencias posibles. Los que han tenido la bondad y la paciencia de seguir mis cursos pueden darse cuenta de que tratamos de permanecer verdaderamente fieles a un pensamiento que no es absoluto ni definitivo —nunca hay un pensamiento definitivo en el desarrollo de

las ciencias— pero que es insuperable o por lo menos insuperado hasta el momento, y que ha proporcionado un instrumento de pensamiento. A los discípulos del filósofo esencialista se les dan respuestas buenas o malas, pero no un instrumento de pensamiento. Ahora bien, el pensamiento contemporáneo es cualitativamente diferente del pensamiento anterior, ha dado un método que se llama “*dialéctica*”, —palabra de la que poco se gusta por razón de contingencias políticas— para formular preguntas y poder avanzar en un pensamiento. Es por esto que soy freudiano. *Freud*, que no conoció la palabra “*dialéctica*” o que si la conoció no sabía probablemente lo que era, proporcionó un medio de avanzar en la comprensión del hombre, que es al mismo tiempo una práctica que está en concordancia con la teoría.

Dando al César lo que es del César, en mis cursos he procurado relacionar el pensamiento de *Freud* con leyes mucho más amplias. Las descubiertas por *Freud* eran una especie de leyes *ad hoc* para estudiar al hombre clínicamente, para seguir la evolución de un individuo neurótico en nuestra civilización y para ayudarle en la práctica. Pues bien, estas leyes no han caído del cielo, tampoco *Freud*, ellas hacen parte de otras más generales que son las de la evolución biológica y sobre todo de la evolución social. Esta integración del psicoanálisis es necesaria, mas no hay que hacerla prematuramente. Muchos especialistas en el mundo tratan de hacerlo también y aquí mismo en Colombia he sido sorprendido al hablar con algunos colegas psicoanalistas que tienen esta inquietud de integrar el psicoanálisis dentro de leyes históricas más amplias. En efecto, la neurósís y el psicoanálisis, que es una resultante de la neurósís, trabajan con el tiempo y con la historia del sujeto. Todos los filósofos esencialistas han querido abstraerse del tiempo, aún grandes filósofos contemporáneos como *Husserl* trata de ser independiente del tiempo y de la historia y de representarse un “Yo” trascendental e inmóvil. Ahora bien, ningún

filósofo, ninguna persona, ningún psicoanalista puede abstraerse ni del tiempo ni de la historia: son el tiempo y la historia los que constituyen el yo como he tratado de demostrárselo en mi curso general. El yo no puede ser una abstracción, en el momento en que lo sea no existe contacto verdadero con el mundo, no existe más lo concreto en la historia y no se pueden prever sus leyes.

En nuestros estatutos, es decir, en nuestro programa de trabajo adoptado en 1959 —en que modificamos los anteriores— (nos superamos a nosotros mismos y espero que estos últimos también sean superados) hay una pequeña introducción teórica en la que afirmamos que el sistema antropológico de *Freud* ha demostrado su posibilidad de funcionar bien en la práctica y que sus hipótesis de trabajo no pueden ser superadas sino ampliadas, continuadas y controladas dialécticamente, es decir, desde el interior, porque en el fondo ellas no forman un sistema cerrado sino más bien un método de praxis, un método de pensamiento y de acción para descubrir las leyes de la evolución humana.

Es por esto que el Círculo Vienés de Psicología Profunda, tal como se define en sus preámbulos, es una asociación psicoanalítica en el sentido de *Freud*, pero afirma particularmente su actitud contra toda ortodoxia porque la perspectiva dinámica de la evolución humana no puede ser nunca cerrada y se supera a sí misma. Esto quiere decir, una vez más, que la personalización del hombre (término ambiguo, ambivalente, pero adecuado desde el punto de vista práctico) es eminentemente dialéctica porque avanza siempre y trata de resolver las contradicciones humanas por síntesis provisionarias que deben ser nuevamente superadas. El desarrollo humano y el desarrollo en psicoanálisis que observamos en la historia o concretamente en nuestros pacientes, no es nunca un desarrollo en línea recta, ni tampoco una repetición de círculos cerrados, si-

no un desarrollo en espiral, imagen verdaderamente acertada.

Es difícil, lo repito, darles una idea de nuestras aspiraciones, de nuestros trabajos: Tratamos honestamente, no de superar el psicoanálisis sino de profundizarlo en sus aspectos biológicos y sociales. Por esto empleamos la palabra PERSONA porque verdaderamente es un término acertado. Los etimologistas no están de acuerdo, pero en latín se ha querido ver en él la persona, el *persona-re*, especie de voz, diálogo que se hace a través del hombre. Creo que la etimología no es correcta, pero la imagen es muy buena. No somos individuos, ni tampoco hormigas de una sociedad, somos los focos, el hogar de una dialéctica entre lo individual en el hombre llevado al máximo, que ha permitido justamente la formación de la conciencia de sí mismo, y de otra parte la sociedad. No podemos vivir solos y la sociedad tiene una responsabilidad con nosotros, pero somos nosotros quienes tenemos la responsabilidad ante la historia.

Discusión

Quisiera dejar algunos minutos, a pesar de que se corre siempre el riesgo de perderse en la discusión, para aquellos que quisieran hacer alguna aclaración o preguntar algo.

Señor *Ardila*: Piensa usted que la evolución humana ha terminado ya?

Profesor *Caruso*: Se ha discutido mucho sobre este problema. Parece que efectivamente, por alguna razón, la naturaleza se ha vuelto más perezosa para producir nuevas especies. No hay ningún argumento que prueba que seamos el último escalón biológico, y sin embargo parece que la especie humana, por la reflexión, por el yo, es la última especie que puede avanzar sin necesidad de mutaciones biológicas. Se trata, por así decirlo, de mutaciones psicológicas. Para que el animal pueda cambiar, debe producir nuevas especies, debe haber una mutación biológica que casi siempre es letal, así nunca llega a la meta. En con-

diciones favorables, llega a producir una nueva especie que es hereditaria.

El hombre puede transmitir todo por medio del lenguaje, por ejemplo, la técnica. El hombre parece que se ha liberado de la necesidad de las mutaciones biológicas y su desarrollo es fundamentalmente ilimitado. Un cierto pensamiento apocalíptico cree que estamos al borde del fin del mundo. Es posible que el mundo se acabe pronto, pero si la evolución del hombre continúa normalmente, no hay ninguna razón para creer en esta idea. ¡El hombre apenas comienza su desarrollo!

Señorita *Gutiérrez*: Considerando:

a—Que la diferencia entre el hombre y el animal es eminentemente cualitativa;

b—Que la conducta animal puede llamarse pre-humana;

c—Que es imposible considerar al hombre fuera de la evolución;

d—Que la diferencia fundamental entre el hombre y al animal es el poder encontrarse a sí mismo, desearía saber en su opinión, cuál es la causa de esta situación en el hombre pues según los planteamientos comparativos con el animal podríamos inferir que obedece solamente a una mayor evolución.

Profesor *Caruso*: He aquí una pregunta embarazosa. Debiéramos discutir aún mucho sobre los conceptos de cantidad y de calidad. Cantidad y calidad no son cosas: he aquí la cantidad, he allí la calidad! La cantidad pasa en calidad. Si a usted le cortaran un dedo continuaría siendo tan encantadora como lo es ahora. Mi ejemplo es un poco sádico y me excuso por ello. Si le cortaran dos dedos, ya sería menos bien, si le cortaran un brazo sería peligroso, si le cortaran aún más, su calidad se modificaría en razón a la cantidad. En la evolución hay saltos cualitativos, no solamente hay el paso al hombre, hay también el salto a la vida que es cualitativo. La calidad y la cantidad son criterios humanos, es el hombre quien mide la naturaleza, quien es dialéctico

y quien ha descubierto esa ley tan simple de que la cantidad pasa a calidad a otro nivel al alcanzar cierto umbral.

¿Por qué esto es así? No lo sé, es precisamente la ley de la evolución la que es así, aparecen nuevas calidades: la vida y la hominización son las dos grandes cualidades. Quizá busca usted un argumento teológico que yo no puedo darle, sencillamente compruebo la evolución de la naturaleza por sí misma que constituye al menos un escalón cualitativo en la comprensión del hombre.

Señor Ramírez:

1—Piensa usted que debido al esquema referencial mecanicista que usó *Freud*, tal como aparato psíquico, consciente e inconsciente, el psicoanálisis debiera desechar esa terminología embarazosa que dificulta su progreso?

2—Es tendencia del psicoanálisis seguir la corriente que existe en los Estados Unidos, país representante del capitalismo, de una sociedad alienada, donde los analistas se han dedicado a adaptar al individuo a esta sociedad alienante?

Prof. *Caruso*: Estoy sorprendido por la dificultad de las preguntas que se me hacen. Pido excusas de tener que responder superficialmente a ellas, pero trataré de hacer lo que esté a mi alcance.

En primer lugar creo que el pensamiento ideológico de *Freud* era un materialismo vulgar, ingenuo, mecanicista y en realidad un idealismo filosófico. Si se pudiera pedir a *Freud* su profesión de fe, que, por otra parte se lee siempre en sus obras, se observa, en efecto, que el mecanicismo ingenuo es una especie de idealismo al revés. *Freud* no era un teórico de la dialéctica, pero infiel a sí mismo en sus bases, que estaban muy extendidas entre todos los científicos del mundo, en su pensamiento implícito, nos ha dado un instrumento realista de dialéctica, y por consiguiente una teoría y una práctica a pesar de la terminología embarazosa co-

mo dice mi interlocutor. Pero no se trata de modificar la terminología a cada paso porque llegaría el momento en que no entenderíamos nada. Se trata de criticar la terminología, de modificar la comprensión del término. Justamente la teoría del inconsciente que puede parecer esencialista y reificante, no lo es, porque la toma de conciencia es el otro aspecto del inconsciente; se trata de una dinámica constante. No veo un regreso aquí a la psicología clásica, al contrario, se trata justamente de mostrar que la progresión del hombre es siempre una toma de conciencia de lo que él es, problema que por consiguiente es muy dialéctico.

Evidentemente existen psicoanalistas que creen que el inconsciente es algo así como una cosa y que el consciente es otra cosa. No existe consciente e inconscientemente, existe una conciencia. La naturaleza que se refleja en la conciencia y que por lo mismo avanza siempre. Toda la obra de *Freud* es dinámica. Hay en él una dialéctica realista implícita. Muchos psicoanalistas y nosotros en el Círculo Vienés, tratamos de despejar esta dinámica.

En cuanto a la última pregunta, creo que los que me han escuchado no pueden tener dos opiniones sobre mi pensamiento.

Una cosa se puede tomar y dañar. El pensamiento dialéctico es tremendamente difícil, a cada instante nos cansamos de pensar dialécticamente y queremos garantías, como decía otro de mis interlocutores, y formamos sistemas cerrados. Así, pues, un pensamiento dialéctico puede ser reificado y de-dialectizado. Es lo que ha pasado por ejemplo con el marxismo, ciertamente es un pensamiento dialéctico pero basta con mirar la historia para ver que se ha de-dialectizado por medio de cualquier fórmula: el stalinismo en la Unión Soviética.

Yo no generalizaría sobre la tendencia practicada en los Estados Unidos, por que hay psicoanalistas verdaderamente notables. La tendencia del psicoanálisis

a la adaptación a una sociedad opresora, no es psicoanálisis, es lo contrario del psicoanálisis. El psicoanálisis, lo mismo que el marxismo, es producto de una sociedad opresora y trata únicamente de tomar conciencia de la opresión. Efectivamente, he leído que en los Estados Unidos se ha planteado la

posibilidad de analizar a los comunistas a y los homosexuales. Todo esto es grotesco y no es el psicoanálisis el culpable de ello, sino los psicoanalistas que deberían siempre analizar su propio pensamiento y no dormirse en el conformismo social.